

NOMBRES

MARIA Eugenia López de Salazar y Unzueta, de dieciséis años de edad, hija de Fernando María, notario, y de María Eugenia, sus labores, estudia una cosa llamada BUP y siente incontenibles ansias de transformar el mundo y redimir a la clase obrera. Para hacer patente su antagonismo con la moral burguesa, fuma unos cigarros algo estupefacientes denominados porros, encomia la práctica del aborto y copula regularmente con Feliciano Gómez Gómez, de diecisiete años de edad, hijo de Belisario, dueño de una casquería en el Mercado de Abastos, y de Feliciano, que auxilia a su hombre en el puesto. Ocasionalmente, María Eugenia se solaza, más por lo fino, con Julianito Entrambasaguas, estudiante de primero de Agrónomos, con apartamento propio y ford fiesta acabado de estrenar.

Don Juan Sebastián Murillo retoza y se remozza a sus sesenta, dejando flotar libre al viento la plateada melena senatorial y engalanando con despreocupadas panas y joviales chubasqueros su humanidad notable.

Claramente acredita la noble figura y porte señorial de don Juan Sebastián Murillo la existencia de un linajudo árbol genealógico bien nutrido de música barroca, muebles de firma, vacaciones en la Côte, sastrería inglesa, Moët-Chandon y queso gorgonzola. Después de esquilmar en una juventud dorada y tormentosa los caudales, ya que no los blasones, paternos, hizo don Juan Sebastián fortuna cierta con el invento de un dudoso negocio de cuyo nombre no quiere acordarse; y así le permite su abundancia vivir un retirado boato en las afueras, entre libros y grabados antiguos, porcelanas y bronce, amores temporeros. Dice un vecino adusto llamado Casto Madri-



gal que don Juan Sebastián se pincha y mantiene en su casa a un criado joven de sospechosa hermosura. Lo cierto y verdad es que don Juan Sebastián Murillo asiste devoto a mítines solidarios con los presos de lejanas repúblicas sudamericanas, firma manifiestos de apoyo a disidentes y refugiados y siente incontenibles ansias de transformar el mundo y redimir a la clase obrera.

Vanessa Guardiola posee a sus veintisiete años cumplidos encantos notorios: pechos altivos rematados en alegres botoncillos que se encarga de evidenciar el ajustado jersey rodier-paris, ojos verdes de tamaño puede que hasta escandaloso, boca escarlata en la que sólo por error u omisión deja de temblar un winston, piernas interminablemente bellas, etcétera. Vanessa Guardiola habla sin fin entre humos azules, música de jazz por Pedro Iturralde, poses interesantes y chocar de bielitos en el whisky. Habla Vanessa mucho de política y de políticos, muchísimo de justicia social. Sabe historias tremendas de obreros despedidos sin causa, de infortunadas madres solteras, de capitalistas que exportan criminalmente sus dineros a bancas helvéticas. Vanessa frecuenta el coto de los condes de Henestrosa de Fuenlabrada y pasa por ser buena escopeta en los ojeos. Viaja todos los años sin falta a Viena y Milán, por lo del bel canto, y a Londres y París a ver trapos. Mantiene amistad, límpida y admirativa, con Sabino Hernández, un cura asturiano que hace gran obra en el suburbio, y alterna últimamente, con Cuco Flores, joven periodista que le explica a Lucáks en la cama. Vanessa Guardiola siente incontenibles ansias de transformar el mundo y redimir a la clase obrera.

Macario Montes, doctorando de veintinueve años, hijo de Macario, agente de seguros, y de Antonia, profesora de EGB, no cree en Dios ni en la Virgen, ni en la democracia burguesa, ni en la cultura oficial, ni en la economía de mercado, ni en la sociedad de consumo, ni en los partidos políticos, ni en el gobierno, ni en la oposición, ni en los americanos ni en los rusos. "Todo está falseado", dice con superior conocimiento Macario, que también piensa y razona que el arte, la ciencia, la historia y la filosofía no son más que una impostura. Macario ha paseado durante quince días los claustros de una perdida universidad italiana, y ello le autoriza a decir con soltura "fattispecie", "pericoloso", "a rivederci", "fa molto caldo", y otras útiles



locuciones, del mismo modo que su íntimo Vicente Genovés, que tomó parte en un pullman-tour de cinco días de duración a London, alude siempre que puede a su instrucción anglosajona.

Macario es ecologista practicante, y en tal calidad dedica buena parte de su jornada académica a comunicarse telefónicamente con grupos naturalistas nacionales y extranjeros; la desprestigiada e indigna institución universitaria paga religiosamente las conferencias urbanas, interurbanas e internacionales del doctorando Macario.

Odia y desprecia éste a la civilización y ama tiernamente a la naturaleza. En prueba de ese amor, se dispara Macario, cuando acompaña el buen tiempo, hacia la montaña pura, cabalgando su BMW de púrpura y plata. Entre brezos y pinos, oxigena su cuerpo y ennoblece su alma; luego, tras el regreso, se relaja en su cuarto con la new wave, el reggae, la guitarra de Andy Summers y la batería de Stewart Copeland, el corazón rockero de Billy Joel. Macario es feliz con su nuevo high fidelity grundig. Macario sabe más que nadie de receptores, sintonizadores, amplificadores, preamplificadores, platos tangenciales, programadores digitales, equipos compactos, torres y pantallas, magnetófonos y cajas acústicas.

El doctorando Macario Montes —que tampoco cree, por cierto, en las tesis doctorales— siente incontenibles ansias de transformar el mundo y redimir a la clase obrera.

Celedonio Baños, de cincuenta y ocho años de edad, hijo de Obdulia y Crisanto, natural de Torre-Pacheco, provincia de Murcia, se levanta todas las mañanas de Dios, salvo domingos y fiestas de guardar, a las mismísimas seis. Mientras espera el autobús de la empresa y aguanta los vientos que bajan de la sierra, Celedonio se sube el cuello de la pelliza, tose y se restriega los ojos con sueño. Tiene Celedonio muchas cosas en que pensar; y no son alegres sus cavilaciones. La empresa va mal y hace tiempo que se está hablando de ir al expediente de crisis. No hay unión entre los obreros ni acuerdo entre los sindicatos. Tampoco hay mucha concordia en la familia de Celedonio. Celedonio Baños está cansado, y no sólo de trabajar, aunque el trabajo pesa. "A los nueve añitos empecé yo a ganarme el pan en el campo de Cartagena", dice Celedonio con amarga ternura, recordando su amarga y tierna infancia. Le parece a Celedonio que no sería tan difícil que las cosas marcharan algo mejor; que hubiera una miaja de reparto. Celedonio mueve circunspecto la noble cabeza; bien sabe él que no saldrá de pobre.



Braulia Expósito, de padres desconocidos, inclusera en "La Gota de Leche" hace ahora setenta y cuatro años, agarra cada mañana su pesado carrromato y atraviesa media ciudad para instalar su tingladillo comercial frente al Colegio del Divino Pastor. Saca primero con sus manos sarmentosas un viejo quitasol de playa y lo sujeta laboriosamente a la barrera metálica que impide que los coches invadan la acera. Encima del quitasol coloca luego un hule oscuro, por si la lluvia. Lucha Braulia con la sombrilla, el hule y las cuerdas, con igual denuedo que el navegante con el velamen rebelde. Vienen después las tareas de inmovilizar el carricoche poniéndole tacos triangulares en las ruedas, de desplegar la silla de tijera y ordenar la mísera exhibición de mercancías: tubos y cajas de chicles, bolsas de pipas saladas y sin sal, barras de regaliz, frutos secos, pelotas de plástico y molinillos, caramelos de varios precios. Braulia Expósito planta su comercio a eso de las ocho y media de la mañana y no lo retira hasta que anochece. Braulia Expósito no sabe leer ni escribir y, por ende, fácilmente se comprenderá su escasa capacidad para la captación unitaria del proceso histórico, su desconocimiento de la separación crítica de Max Adler entre dialéctica como método y dialéctica del ser, y su completa ignorancia de los trascendentales distinguos entre alienación (Entäusserung), extrañación (Entfremdung), retrocapión (Zurücknahme), objetificación (Vergegenständlichung) y cosificación (Verdinglichung).

Braulia da vueltas y más vueltas a su nevada cabeza, discurrendo la forma de pagar el alquiler de su húmedo sotabanco, la licencia del Ayuntamiento, el butano, los garbanzos y el pan nuestro de cada día. Prosaicas cavilaciones que no dejan lugar a pensamientos transformadores del mundo y redentores de la clase obrera.

* * *

El viernes 11 de enero de 1980 es uno de los días más fríos del invierno. Una densa niebla vespertina cubre la ciudad y emborrona los contornos. En un mercedes gris metálico se dirige don Juan Sebastián Murillo a una conferencia sobre los derechos humanos, conducido por su apuesto chófer. Un obrero que acaba de bajar del autobús con expresión cansada, y que se llama Celedonio Baños, no advierte, a causa de la niebla, que se ha abierto el disco verde para los coches, y está a punto de ser atropellado por el de don Juan Sebastián. El chófer de uniforme baja el cristal de la ventanilla e



increpa destemplado al torpe peatón. Don Juan Sebastián, mullidamente recostado en el fondo del auto, pregunta con sorna al viandante ofuscado si no distingue el rojo del verde, si está ciego.

María Eugenia López de Salazar y Unzueta, que presencia la escena desde el ford fiesta de Julianito Entrambasaguas, a cuyo pisito se encaminan, mira divertida los saltos del desmañado Celedonio, primero para sortear al mercedes, luego para esquivarles a ellos.

Vanessa Guardiola, que sale de un café muy fin de siglo agarrada del brazo de Cuco Flores, señala al atribulado peatón y exclama: "coño, se ha levantado la veda del jornalero". Macario Montes, que la oye desde su potente BMW pese al aparatoso casco rojiblanco que cubre su cabeza, ríe de buena gana la ocurrencia de la guapa.

Cuando logra refugiarse en la acera, Celedonio Baños se encuentra con la mirada samaritana de Braulia Expósito, que aguanta los cuatro grados bajo cero junto a su complicado parasol, sin más auxilio que una toquilla dudosamente malva y un braserete apañado en una lata vieja.

—“¿Ha visto, señora, qué hijos de puta?” —pregunta Celedonio con acento dolido.

—“Y tanto —contesta Braulia—; a esos los tenía yo aquí un par de días vendiendo pipas, y ya veía usted como se les abajaban los humos”.

Entonces, del cielo, que está completamente negro, comienza a bajar una lluvia mansa.

